

Fantasia

Desde luego, es tan ambicioso lo que se pretende con este film que, aunque fuera un solemne error, lo aplaudiría. Comprendan; es lo mediocre, lo corto de vuelo, el disparar una saeta a pocos metros de distancia, lo que merece condenarse. Un gran propósito justifica el más estrépitoso desastre. Más aun, ante un gran error yo, ya no absolvería simplemente, sino que me descubriría con todo respeto. Los grandes errores como los mayores aciertos son obra de espíritus excepcionales. No todos somos capaces de frustrar una catedral, porque ya no somos capaces de concebirla.

Plasmar en imágenes el casi intangible y peculiar mundo de la música es empresa osada y difícil. Es arriesgar mucho. Y sólo arriesga quien mucho posee.

De aquí que ya antes de ver la película, aplaudía en mi interior a Walt Disney, y me inclinaba ante el genio que se atrevió a tal empresa; al margen de su logro o de su fracaso. Y un poco de todo tiene la película.

Las piezas musicales elegidas por Walt Disney para plasmarlas en imágenes, si bien algunas de ellas son puramente descriptivas, cualidad que facilitó su propósito, otras, no obstante, debieron ofrecerle una endiablada dificultad.

La primera obra, «Tocata y fuga de Bach en re menor» no era un escollo fácil de salvar. Sin embargo, el gran dibujante americano lo resuelve a la perfección con unos cuantos trazos desgarrados. Ráfagas luminosas, un desfile entrecortado de arcos de violín, una singular carrera y fuga de notas, efluvios, penachos, consiguen aprisionar el huidizo sentido de la música.

La segunda pieza, «Cascanueces», de Tchaikowsky, que según el propio Walt Disney es la obra más inteligible de este autor, la resuelve con una gracia y una elegancia inigualables. Las cuatro estaciones del año nos son contadas por dos libélulas, con el concurso de árboles y flores, en el ambiente de un bosque de ensueño.

Ignoro lo que el músico ruso quiso contarnos con su música, pero la interpretación que de ella nos da Walt Disney, además de pausable, nos pareció justa; la verdadera. Perfecta. Dibujos estilizados, etéreos. Musicales.

«El aprendiz de brujo» Scherzo sinfónico de Dukas, resuelto con dibujos concretos, engarzados en una anécdota concreta, un gracioso monigote por mago y el ratoncito Mikey de aprendiz, constituye también uno de los logros de la cinta, aunque su exceso de concreción robe al espectador toda ulterior y propia fantasía. El espectador se siente dominado por el lápiz de Walt Disney, prisionero de su butaca, sin libertad, hipo potecado su propio sueño, excluido de la partida.

La pieza Strawinsky, cuyo título no recuerdo de una manera precisa, algo así como el «Mundo primitivo», es una rara mezcla de aciertos y fallos. El dibujante intenta plasmar el origen de la Tierra, el origen de la vida, desde la aparición de los primeros micro-organismos, y

admitiendo una supuesta evolución, hasta la época de los grandes reptiles, para desembocar luego en su patético éxodo a través de un suelo que se reseca y endurecía paulatinamente y les robaba el fango y limo precisos para su vida. Hambrientos, van sucumbiendo uno tras otro. Un sol cada vez más ardiente consume sus cuerpos caídos, calcina sus huesos, hasta que al final una serie de convulsiones geológicas aprisiona en la profundidad de la tierra sus últimos restos insepultos.

Las convulsiones geológicas, tanto la primera, que glosa las notas iniciales, fluidez de la Tierra que busca su forma definitiva, como las finales, plegamientos orogénicos, que levantan tumbas majestuosas para los reptiles vencidos, son realmente impresionantes de forma y de color. Patético, como si la Tierra tuviese su propia humanidad, como si aceptase desgarrar y calvario, para encontrarse, para vivirse. Lo inanimado lo sentimos plenamente vivo, mágicamente sensible. En cambio, lo que debía ser vida, los gigantescos reptiles, son tristes e inocentes dragones de cartón con dientes postizos. Desafortunada parodia de vida. Y en rara paradoja, en singular milagro, cuando van rumbo a la muerte, en dolorosa peregrinación, consigue Walt Disney, en plena armonía con las notas de Strawinsky, hacernos sentir grito, angustia y valor de la vida.

«La danza de las horas» de la Gioconda de Ponchielli, a mi entender, es un desacierto manifiesto, un absoluto fracaso.

La «Pastoral» de Beethoven, alada e ingenua, la sitúa en el monte Olimpo, la morada de los dioses. Y entre mitos y leyendas, borda Walt Disney perennes idilios entre unicornios, centauros, entre pegasos; idilios urdidos por diocesillos, al son de las notas del caramillo de un encanto de dios Pan. La tormenta, la aparición final del arco-iris y la nueva alborada de paz sobre el monte recién azotado por rayos y lluvia constituyen un precioso regalo para el espectador, el que, a pesar de la sugestión del color y del dibujo, no siente ningún lastre que imposibilite su propia fantasía.

Finalmente; las dos obras musicales que cierran la cinta. «Una noche en el monte pelado» de Moussorgsky y el Ave María de Franz Schubert me dejaron la penosa impresión de haberse perdido algo perfecto a punto de ser conseguido. El arranque es magnífico. Pero, quizás, en la lucha entre el Bien y el Mal, con la cual Walt Disney quiso traducir en imágenes la conjunción del áspero poema sinfónico de Moussorgsky y las celestiales notas del Ave María, requería una más honda espiritualidad, una fe más viva, un más cristiano convencimiento. Además el tema exigía a gritos un final azul, blanco, el fulgor de una cruz, o el resplandor de la Virgen y, en cambio, Helios es la última imagen del film con unos rayos adocenados sobre un cielo de mentira ¡lástima!

L. d'Andraitx